

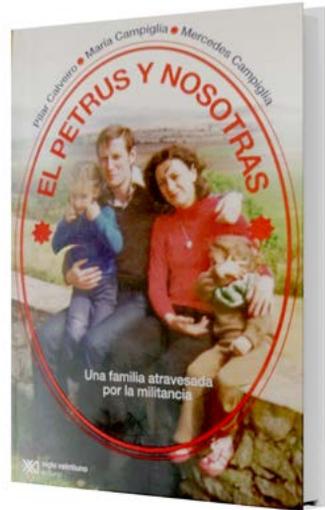
DIGERIR LA MILITANCIA ARMADA DESDE LA FAMILIA: SUMA DE FEROCES DISYUNTIVAS

RESEÑA DEL LIBRO *EL PETRUS Y NOSOTRAS,* *UNA FAMILIA ATRAVESADA POR LA MILITANCIA,* DE PILAR CALVEIRO, MERCEDES CAMPIGLIA Y MARÍA CAMPIGLIA, SIGLO XXI EDITORES, 2024

Rafael Archondo¹

En la portada de este libro, aparece la foto de la familia compuesta por Horacio Campiglia, Pilar Calveiro y sus dos hijas, Mercedes y María. Él abraza a su pareja y sostiene a *Meche*; ella, la madre, cubre el hombro de la niña más pequeña, quien parece rebelarse contra el fotógrafo, negándole con su mano derecha extendida la exhibición de su rostro infantil. El grupo retratado aparece dentro de un óvalo rojo, escoltado a la altura de los codos por dos estrellas de ocho puntas que evocan unos inocuos estallidos de tinta.

El marco elíptico descrito alude a *Montoneros*, el movimiento juvenil armado que irrumpió en la escena pública argentina a través del secuestro y asesinato del general responsable del derrocamiento de Perón en 1955, el odiado Pedro Eugenio Aramburu. El título y subtítulo del libro son certeros: *El Petrus y nosotras, una familia atravesada por la militancia*. *Petrus* era el nombre de guerra de Horacio Campiglia, desaparecido en las instalaciones del batallón argentino 601 a sólo tres años de la reconquista de la democracia.



¹ Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

Este seductor documento impreso está en las librerías de América Latina desde la segunda mitad de 2024 y circula con el sello de Siglo XXI Editores. A continuación ordenaré la experiencia de haberlo leído con detalle y deleite.

La historia por sí misma estremece

Horacio y Pilar se enamoran siendo estudiantes. Se abrazan, se besan y acompañan mientras militan en la llamada izquierda revolucionaria. Su convicción pionera se une a la de un compatriota suyo que rozaba la fama mundial en aquellos días, Ernesto *Che* Guevara. La primera iniciativa de la pareja es unírsele de forma personal en Ñancahuazú, la accidentada región boliviana en la que el comandante guerrillero se atrincheró con medio centenar de hombres a partir de noviembre de 1966. El proyecto de organizar una expedición de argentinos para reforzar el último foco montado por el *Che* no pudo cristalizarse por la súbita extinción de la columna madre en octubre de 1967.

La pareja Campiglia-Calveiro se había formado sólo tres meses antes del fusilamiento de Guevara en La Higuera. Pasando por alto aquel tropiezo, ambos militantes, de 18 años, persistieron en el empeño: “desde luego que esto modificó nuestros planes, pero no los canceló” (p. 26). En el Colegio Nacional Buenos Aires (CNBA), Horacio y Pilar se adhirieron a un movimiento al que se le llamó antiimperialista. Lo mejor era la sigla: el MACBA.

Según la propia Pilar, su militancia atravesó por dos fases: la estudiantil y la “pesada”, es decir, la acción propiamente armada. En el trayecto fueron naciendo Meche (1975) y María (1977), cuya infancia más tierna se vio fuertemente comprometida por la persecución y el exilio de sus padres. En 1980, Horacio fue arrestado en Río de Janeiro y entregado a los militares argentinos en calidad de preso político, que para la época implicaba su desaparición física.

Dilemas

Desde el inicio detectamos una primera disyuntiva vital. Calveiro escribe:

Habíamos hecho nuestras primeras lecturas marxistas y creíamos en la necesidad y en la posibilidad de una revolución social. Teníamos razón, en realidad, aunque la historia posterior nos desmintiera. Ciertamente, era más sensato pensar en la posibilidad de acabar con el capitalismo que asumirlo como una suerte de fatalidad inexorable. No lo fue ni lo es, pero también es verdad que

no alcanza con la voluntad de terminar con él. Por otra parte, no teníamos entonces ni la más pálida idea de los desafíos que significaría emprender ese camino (pp. 21-22).

Así, diáfananamente, Calveiro nos presenta el comienzo de la primera duda, el duelo entre la voluntad personal y el entorno adverso. El sueño era inmenso y las fuerzas para realizarlo, magras y, en parte, inadecuadas dada la magnitud del reto.

Como cientos de argentinos, el *Petrus* y Pilar pasaron de la izquierda tradicional marxista a la izquierda nacional y de ahí, apunta Calveiro, al peronismo, que, para muchos filósofos e historiadores, era el modo en el que la clase obrera argentina había conocido la conciencia política hasta convertirse en un actor relevante. Por tanto, si en 1967 querían abrazar las causas proletarias y populares, no podían eludir una inmersión en las aguas justicialistas, porque allá encontrarían a los auténticos sujetos del cambio y la revolución.

La vía estaba clara desde el inicio. Horacio y Pilar entendieron, de la mano de Carlos Olmedo, que para acabar con el capitalismo en la Argentina, era imperativo abrazar la realidad, y ésta estaba marcada por el verbo de Perón en la mente de millones. Desde allí, la izquierda socialista podría empujar el carro hacia el destino anhelado: una sociedad justa sin explotadores ni explotados.

El libro *El Petrus y nosotras* es un retrato preciso del modo en que una familia en construcción digiere la militancia armada. Si bien Calveiro inicia su relato con la duda metodológica de la izquierda clásica argentina —que desde sus “lecturas marxistas” transita hacia la sociedad efectiva o real, lanzada a la política desde las cumbres oratorias de Juan Domingo y Evita—, el meollo del libro ilustra la pugna entre esa militancia armada, llamada tendencia revolucionaria, históricamente ajena al peronismo de los primeros años (1945-1955), y esa familia, que, como dentro del óvalo, se empecina en crecer y resistir, en eludir el dolor y abrazar el goce, en los términos usados por Mercedes Campiglia (p. 129).

Vida en cápsula

Una vez concluido el bachillerato en el CNBA, la pareja empieza a experimentar los efectos de la “otra clase de política” (p. 23).

Calveiro la describe con exactitud: “[Nos] obligaba a una práctica disimulada, clandestina y mucho más difícil de lo que podíamos siquiera imaginar”. La nueva militancia, en su fase “pesada”, provocó la disolución, dice la autora, del colectivo de “amigos-compañeros” que “habíamos construido y dentro del que literalmente crecimos”, una especie de familia por elección. “Pasamos a otro espacio más ajeno e impersonal: la *orga*² que para entonces ni nombre tenía”.

Este sitio no nombrado estaba compartimentado, es decir, dividido en secciones formalmente aisladas. Calveiro lo describe bien: no era capricho, sino una “forma de protección” (p. 24). Así, el objetivo de una “orga” era evitar la detección y penetración de los órganos de inteligencia de la policía o del ejército. Si los militantes ignoran los datos personales de sus propios camaradas, ni siquiera la tortura más cruel los haría revelar las zonas grises o sumergidas, encargadas de detonar la actividad armada. Cada golpe guerrillero sería espectacular en su impacto, pero anónimo en su ejecución grupal o individual. La que pega es la *orga*, no sus miembros concretos, que deben mantenerse vivos y operativos. De ahí el *mantra* de toda guerrilla, sea ésta urbana o rural.

“Las primeras operaciones no se *firmaban*, es decir, ningún grupo asumía su autoría”, señala Pilar (p. 28). Eran una suerte de ensayos. Sin embargo, cada estallido estaba siempre pensado para atraer los reflectores, porque de otra forma, el mensaje no llegaría al pueblo, que más que combatir, aplaude o rechifla, según su estado de ánimo.

“Saber era peligroso y que supieran de uno era peligroso. El otro y uno mismo, siendo compañeros, éramos a la vez un apoyo y un peligro potencial recíproco. El fuerte vínculo de complicidad que manteníamos demandaba, por nuestro propio bien, el aislamiento de cada uno en relación con los demás” (p. 24), explica Pilar, la madre de Meche y María.

Horacio y Pilar se introdujeron muy jóvenes en una cápsula de la que sólo saldrían encañonados por las fuerzas militares argentinas. Aislarse, encerrarse, sumergirse en una bruma de secretos, dobles vidas e identidades cambiadas les generó tensión, pero también un vértigo, que a veces es la palabra alterna para lo que nos atrae o seduce: “Comprendíamos, hasta donde nos era posible, que se ponía en juego la vida y estábamos dispuestos a darla”. También entendi-

2 La palabra *orga* forma parte del argot guerrillero latinoamericano. Es la forma abreviada de llamar a la organización.

ron que “había cosas que estaban más allá de uno mismo y por las que valía la pena luchar. No se trataba de un impulso de muerte; al contrario, amábamos furiosa y tiernamente la vida” (p. 23).

Así es como se fue construyendo la escena organizativa antes del inicio de las operaciones armadas. Horacio y Pilar empezaron a vivir dentro de ese aparato. Para alivio de ambos, se decidió que la guerrilla en Argentina debía ser urbana, en clara contravención de los cánones establecidos por Cuba y su principal teórico, el francés Régis Debray: “La nueva propuesta no sólo parecía más viable [...], sino más familiar y comprensible para nosotros, chicos de ciudad y de clase media” (p. 27).

La vida en esa cápsula tuvo peculiaridades que muchos observadores externos desconocen. No es el caso de Pilar Calveiro, quien nos entrega un apunte fundamental: “El militante queda entonces encerrado en el ámbito de la *orga*. Depende de ella para su subsistencia, se profesionaliza y vive de una asignación económica que se le otorga [...], era la que correspondía a un obrero industrial especializado, ni más ni menos” (p. 34). Sin duda, el término “profesionalizarse” fue extraído de los textos de Lenin, el hombre que más sofisticó la noción de aparato o cuerpo de revolucionarios “profesionales”.

El escenario sobre el que se movía la pareja no podía ser más claro. La cápsula guerrillera sería capaz de cortar todo vínculo con el exterior. Calveiro subraya que la consecuencia de ello es que exista una “realidad social externa a la organización” (p. 34). Una frase atribuida por Pilar a otro militante, Willy, resulta pertinente en este momento: “Casi todo era militar, no había trabajo de base ni nada, todo se centraba en construir la organización”. Ejército-larva entonces, no partido.

Las pérdidas

“Ninguno de nosotros había emprendido esta ruta por interés personal” (p. 31). En efecto, la frase de Calveiro suena totalmente verosímil. Hubiese sido más fácil seguir el mapa ofrecido por los padres y no aquella que imponía la *orga*. Las posibilidades de perder eran amplias, sin embargo, sólo se fueron percibiendo cuando la muerte empezó a tocar a la puerta.

Por ejemplo, en julio de 1971, la pareja Verd-Palacios desaparece. Son los primeros cuerpos desvanecidos en medio de las escaramuzas inaugurales. Pilar

también tomó nota de la muerte de “los otros”, es decir, aquella que fue el resultado fatal de los disparos en contra del enemigo. En la toma de la ciudad de Garín,³ los guerrilleros dejan tras de sí a un policía muerto. “Nos asomamos al abismo de lo irreparable”, dice ella, colocándonos ante la gravedad de los hechos. Y dado que la guerra es de ida y vuelta, la siguiente constatación cimbra aún con más cabalidad: “Nunca pensamos a qué niveles de violencia y horror nos veríamos sometidos ni tampoco cuáles seríamos capaces de ejercer” (p. 36). Pilar Calveiro es honesta. Nos muestra el paso itinerante y pendular de víctimas a verdugos y lo califica como abrupto, difícil de procesar en el pecho inquieto de cualquier ser humano que se va sometiendo a la disciplina del combate.

A votar

En esas circunstancias, marcadas por un contexto previo de prohibición total del peronismo, las organizaciones armadas experimentaron con cierto azoro ante las elecciones del 11 de marzo de 1973, unos comicios impecables después de tantas privaciones. Las circunstancias que parecían hacer insoslayable la cápsula se habían desvanecido de repente. Perón estaba de vuelta y en medio de las multitudes jubilosas, su partido ganaba la lid con comodidad. En las calles, recuerda Pilar, la gente les decía: “Ustedes tenían razón”, sin embargo, el motivo del festejo no era la revolución, sino el retorno de la democracia. ¿Para esto hemos luchado?, pudo haber sido la pregunta de los más radicales.

Pese al ascenso del peronismo al gobierno, el aparato armado que Horacio y Pilar habían ayudado a construir se mantuvo intacto. No correspondía enterrar los fusiles ante la eventualidad de que el cielo se volviera a nublar. La pareja se dirigió entonces a un curso de entrenamiento militar impartido en Cuba. En el campamento, montado para un lapso urgente de seis meses, concurrieron la mayor parte de las organizaciones armadas argentinas, que terminaron fusionadas en *Montoneros*. Allí descubrieron sus ligeras o profundas

3 La toma de Garín fue llevada a cabo por las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), la primera organización revolucionaria en la que Horario y Pilar militaron. En 1974 las FAR se fusionaron con los *Montoneros*.

discrepancias y no faltaron los malos presentimientos antes de tomar el vuelo de regreso.

A su retorno a Buenos Aires, la pareja fue entendiendo con cierta demora que Perón no era quien ellos pensaban. En la percepción del general, esa “juventud maravillosa” que le había abierto las puertas del retorno jubiloso a la patria, se había convertido en aquellos “imberbes” que gritan y quieren tener “más méritos” que los fundadores del movimiento. Así, aquella peculiar inserción en el peronismo, necesitado de ideas radicales para revivir, empezaba a trastabillar.

Por eso, a partir de 1974, la consigna *montonera* ya no consistía en sostener y profundizar su infiltración en las filas justicialistas, sino en emprender el camino franco de la guerra contra los monstruos del sistema que querían retomar las instituciones. El nuevo reto era enfrentar al enemigo, arrastrando la mayor fuerza posible.

El mismo año en que Meche nació, Horacio comenzó a dirigir operaciones clandestinas armadas en Tucumán, provincia cañera con fuerte presencia campesina y jornalera. *Montoneros* abría así la posibilidad de impulsar la guerrilla rural. ¿Fue para ello que se adiestraron en Cuba?, ¿se sometían los argentinos a la estrategia foquista del Caribe?

En marzo de 1976, el helicóptero en el que viajaba la viuda de Perón, convertida en presidenta por la vía de la sucesión constitucional, se desviaba de su ruta original por supuestos motivos mecánicos. En realidad, se dirigía al lugar donde ella, Isabelita, guardaría arresto durante los siguientes cinco años. El golpe militar daba al traste con todos los avances democráticos y justificaba sus abusos poniendo a *Montoneros* y a las otras organizaciones armadas como su coartada.

Casi un año después nació María, acunada en la clandestinidad y en medio de los sobresaltos de la persecución. Dos meses más tarde, su madre sería capturada por la Armada argentina e internada en la macabra Escuela Mecánica, más conocida como la ESMA. Prácticamente en paralelo, Horacio acudió en México al Consejo Nacional de *Montoneros*. Es en esa reunión —con la derrota a cuestas y la dictadura argentina consolidada y lista para organizar la Copa Mundial de Fútbol de 1978—, cuando Pilar Calveiro fija su análisis en los efectos de haber construido un aparato militar (pp. 64-65). Se hace visible ahí una postura jerárquica que, en sus palabras, “nadie se atrevía a rebatir”. Entre los rebeldes predominaba la verticalidad, a la que Calveiro añade la sor-

prendente “fuerza de la ideología”. La postura de Horacio frente al optimismo de los mandos en México habría sido: “Pero ¿estamos todos locos?”. Pese a sus corazonadas, él no pudo sustraerse de aquella especie de demencia o ceguera que ansiaba posar en las fotos con uniformes militares, ante una militancia desprevenida, que en fuertes contingentes abandonó las columnas enfiladas al suicidio.

En concreto, la dirección de *Montoneros* afirmaba en México que la dictadura estaba debilitada y que muy pronto enfrentaría una ofensiva popular y sindical. Lo aconsejable era, por tanto, una contraofensiva estratégica consistente en el retorno de la militancia al país y su entrega a los combates decisivos. Había que marcar presencia, estar ahí cuando sonaran las detonaciones. Ese diagnóstico unió a la pareja en una palabra que describe su atónita reacción como “delirante”.

La familia de cuatro se volvió a reunir en 1979. Pilar había logrado huir y llevaba consigo a las pequeñas. Y entonces leemos su constatación más angustiante: “Finalmente nos vimos en España [...] sin el consentimiento de la *orga*, que siempre apostó por nuestra separación. Mi condición de sobreviviente, crítica de las políticas de la organización y especialmente de la conducción, me hacían inaceptable como pareja de uno de sus miembros”. Aquella cita familiar de tres días y los meses sucesivos han sido reconstruidos literariamente por Meche en el libro que aquí se ha reseñado. Es un relato de vibraciones consistentes, una joya que nos hace vivir esos momentos en los que la militancia se termina peleando con la familia.

El 12 de marzo de 1980, cuando Meche llevaba unas semanas de haber cumplido cinco años y María estaba a punto de sumar tres, Horacio Campiglia cayó en las garras del enemigo. “La separación entre el *Petrus* y nosotras se hacía irreversible”.

Lo aprendido

Este libro es una rendija privilegiada que permite al lector atisbar las intimidades de las organizaciones armadas en la Argentina. Sin embargo, los hallazgos atribuibles bien podrían generalizarse a los diversos grupos guerrilleros que establecieron una red para operar.

De forma testimonial puede comprobarse en sus páginas la frase clásica del militar prusiano Carl von Clausewitz (1832), en el sentido de que la guerra es “la continuación de la política por otros medios”, lo que expresa una falacia, que puede ser rastreada en la vida práctica, pero sobre todo ahora en las páginas de Calveiro y sus dos hijas.

No sólo es que la política se trastoca radicalmente cuando ingresa al ámbito de la guerra, sino que, como describe Pilar, se convierte en “la otra política”. Esa “otra” se torna autoritaria, vertical, centralizada, opaca e insensible a la realidad externa. Es el terreno fértil para saltar al abismo sin titubear, para generar mártires que convoquen con su sacrificio a nuevos combatientes, atraídos por el vértigo de ese algo “que está más allá de nosotros” y por el que “vale la pena pelear”.

Como también ha notado la mexicana Raquel Gutiérrez Aguilar de su experiencia militante en Bolivia, la conformación de un aparato, o una cápsula, un término propio, altera totalmente las condiciones en las que se hace política “normal”. Los efectos sobre la estructura partidaria, sea ésta la de *Montoneros* en la Argentina o la del Ejército Guerrillero Tupaj Katari (EGTK) en Bolivia, son los mismos. El mando, formado por los cuadros revolucionarios más competentes, empezará a monopolizar pronto todas las decisiones.

Horacio Campiglia, en la voz de Pilar, “sobresalía” en todos esos menesteres: “era delgado, fuerte, habilidoso y muy, pero muy disciplinado”. Sujetos como él, los más aptos para la práctica militar, escalarán con facilidad hasta la cúpula. Es el imperio de la tracción por encima de la atracción. Mandan los que vencen, no tanto los que convencen.

Para llevar a cabo las operaciones armadas, decenas de personas deben sumergirse en la clandestinidad. Para ello cambian sus nombres y su documentación, sus lugares de residencia y sus lazos sociales, empiezan a recibir un salario y con ello “se profesionalizan”, es decir, dedican todo su tiempo a la formación de un ejército secreto que ataca desde el anonimato y aspira a no ser desarticulado.

La estructura que montan los operativos no se conoce más que “de vista”. Ningún dato personal es ni anotado ni difundido, a fin de que nadie de los potenciales torturados delate a los demás. Calveiro narra (p. 60) que la tecnología represiva de la época logró perforar esta ventaja. “Bastaba que un militante capturado fuera quebrado y obligado a circular marcando gente que había conocido a lo largo de su militancia para que hicieran estragos en dis-

tintos ámbitos de la estructura, abriendo una posible cadena de delaciones”. Esta falla tan profunda fue contrarrestada con el reparto de pastillas de cianuro entre los militantes para que se la tragaran oportunamente antes de ser detenidos. La medida, más que blindar a la cápsula, la convertía en un cementerio voluntario. Algo olía ya muy mal en la *orga*.

¿Cuáles fueron entonces las consecuencias concretas de esta “otra política”?

La primera consecuencia fue que entre la cápsula y el resto de la sociedad se generó un abismo, producido por la misma organización. La dedicación plena de lo más activo de la militancia a la construcción de un aparato militar despojó a quienes tomaban las decisiones de toda sensibilidad con el entorno. La entronización de esta lógica sólo podía generar una cámara de eco, en la que las mismas voces y sensaciones se hacían audibles y autorizadas. La reunión de la dirección *Montonera* en México permitió detectar este fenómeno, revelar su rostro, sobre todo cuando nadie fue capaz de rebatir un diagnóstico que no aceptaba dar pie a un sensato repliegue. En ese momento, la libertad de pensamiento había terminado de extinguirse por completo.

La concepción de que la organización armada anida en el seno de las masas nunca fue puesta en práctica en *Montoneros*, con el excepcional intento de la patrulla de llano en Tucumán (p. 52). La llamada “profesionalización” de los militantes reforzó la cápsula a grados superlativos.

¿Fue entonces un error implantar la clandestinización de *Montoneros* a partir de 1974? Como vimos, el grupo retornó a sus formas originales o fundacionales tras haber vivido un breve verano legal abierto por las elecciones de marzo de 1973. Sin embargo, su primer reflejo ante la reposición de las libertades civiles fue enviar a sus cuadros más importantes a entrenarse militarmente en Cuba. Lo que vemos es una coronación de la vida violenta por encima de toda invitación a la acción partidaria convencional. Lo excepcional se fue haciendo la rutina recurrente.

¿Cómo digirió la familia esta dura travesía por las armas?

El relato nos muestra el modo en que la violencia se fue colocando en el centro de todo. En el momento en que Pilar Calveiro expresó su discrepancia con la contraofensiva estratégica decidida cuando ella estaba secuestrada en la ESMA, la *orga* optó por alentar su separación de Horacio. El encuentro familiar de 1979 se produjo a espaldas del grupo insurreccional y es por eso que sólo pudo durar tres días. *Montoneros* reclamaba el impulso del *Petrus* y, en ese em-

peño, no estaba dispuesto a escuchar las razones de Pilar. La familia chocaba frontalmente con la militancia.

Al respecto, Mercedes y María les obsequian a sus lectores una visión que sólo puede venir de su generación. La primera recuerda que aquel “nosotras” pudo salir al otro lado de la tormenta. “Arrastrados por una potencia incomprensible fuimos empujados del dolor al gozo, sujetados por poderosos brazos que impidieron que nos llevara la corriente” (p. 129).

María también guarda metáforas hídricas para entender su historia: “Entonces la tristeza anegada se mueve, crece y se desparrama. O se vuelve una furia inmensa que arrasa con lo que llevo adentro. Y no hay compensación que valga, no hay consuelo, porque no existe la forma de romperlo todo y liberarte”. Por eso, María, porfiada, cree con respecto a su padre que “cuando el río vuelva al mar, nos reconoceremos” (p. 140).

¿Cómo digirió entonces la familia esta dura travesía de las armas? La sensación del lector o lectora es que lo hicieron muy mal. No obstante, la disidencia oportuna de Pilar permitió aquel empuje vital que puso a salvo a las tres; sólo el reconocimiento práctico de que un acto de voluntad no alcanza para cambiar un sistema, y sobre todo el estremecimiento de saber que además de entregar la vida, uno puede quitársela a otros, ayudó a que un “nosotras” fuera rescatado como colectivo de amor y cuidado.

La política, organizada desde la violencia, produce feroces disyuntivas. A Pilar Calveiro, Mercedes Campiglia y María Campiglia las atravesaron violencias de todo tipo y han salido victoriosas. Eso explica su capacidad para administrar y dar felicidad en México, el lugar que hoy es su hogar por elección.

Referencias

- Calveiro, P. (2013). *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Siglo XXI Editores.
- Calveiro, P., Campiglia, M., y Campiglia, Ma. (2024). *El Petrus y nosotras*. Siglo XXI.
- Gillespie, R. (1987). *Soldados de Perón: los Montoneros*. Grijalbo.
- Gutiérrez Aguilar, R. (1994-1995). *Documento escrito en la cárcel de mujeres de Obrajes*. La Paz, Bolivia.